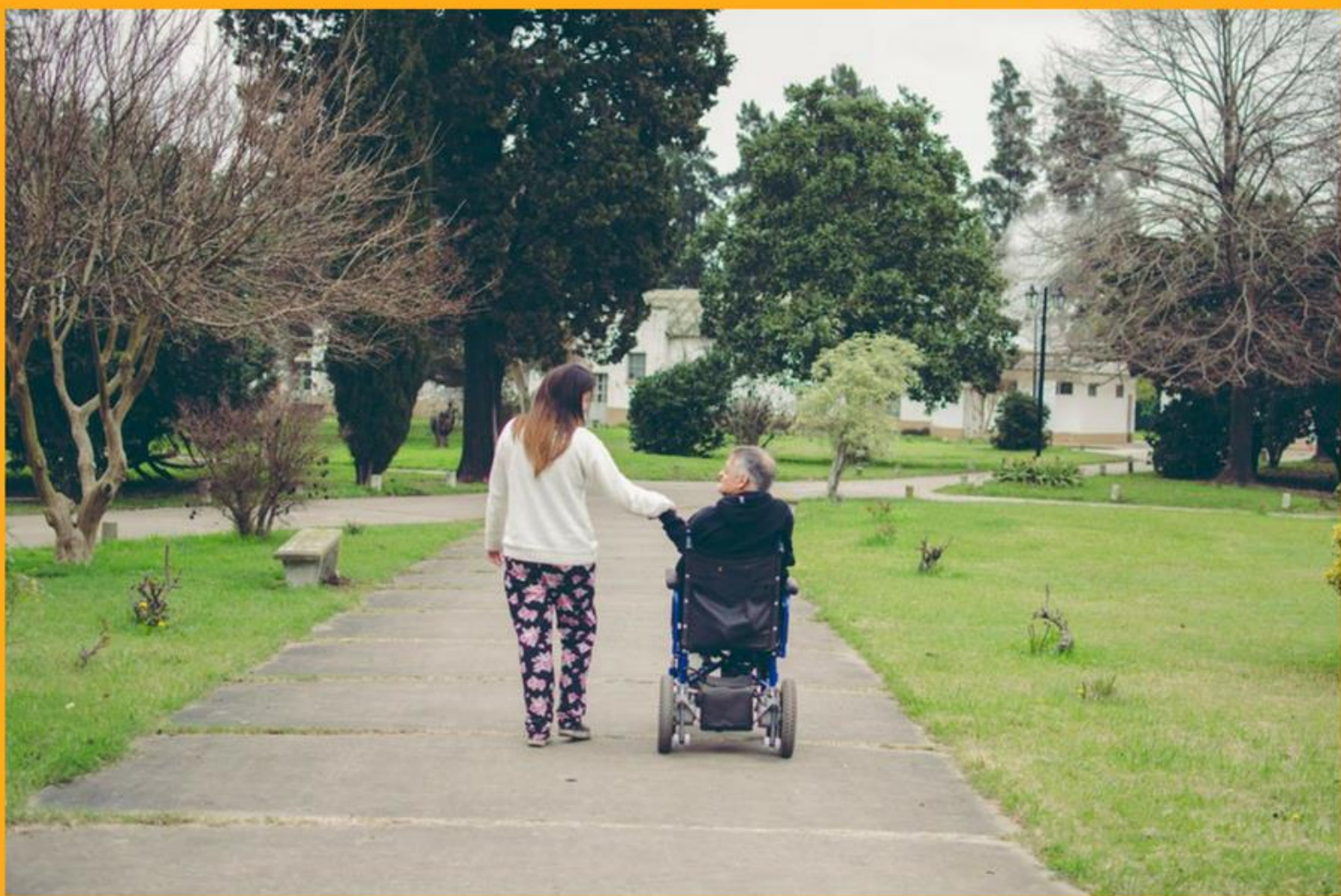


MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE

VISITAR A LOS ENFERMOS

AGOSTO

#MisericordiaEs



VISITAR A LOS ENFERMOS



<http://vicariajovenesbsas.org.a>



[/vicariajovenesbsas](https://www.facebook.com/vicariajovenesbsas)



[@VicariadeJuvent](https://twitter.com/VicariadeJuvent)
[#MisericordiaEs](https://twitter.com/MisericordiaEs)

ESCUCHEMOS: LUCAS 1, 5-13. 23-27. 30-31. 36-40. 56

«En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la clase sacerdotal de Abías. Su mujer, llamada Isabel, era descendiente de Aarón. Ambos eran justos a los ojos de Dios y seguían en forma irrefutable todos los mandamientos y preceptos del Señor. Pero no tenían hijos, porque Isabel era estéril; y los dos eran de edad avanzada. Un día en que su clase estaba de turno y Zacarías ejercía la función sacerdotal delante de Dios, le tocó en suerte, según la costumbre litúrgica, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. Toda la asamblea del pueblo permanecía afuera, en oración, mientras se ofrecía el incienso. Entonces se le apareció el Ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías quedó desconcertado y tuvo miedo. Pero el Ángel le dijo: “No temas, Zacarías; tu súplica ha sido escuchada. Isabel, tu esposa, te dará un hijo al que llamarás Juan”. Al cumplirse el tiempo de su servicio en el Templo, regresó a su casa. Poco después, su esposa Isabel concibió un hijo y permaneció oculta durante cinco meses. Ella pensaba: “Esto es lo que el Señor ha hecho por mí, cuando decidí librarme de lo que me avergonzaba ante los hombres”.

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel le dijo: “No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios”. En aquellos días, María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. María permaneció con Isabel unos tres meses y luego regresó a su casa.»

REFLEXIÓN

Isabel y Zacarías: dolor y esperanza

En esta lectura, el Evangelio nos habla del drama de Isabel: una mujer de edad avanzada que había sido estéril toda su vida. En aquel tiempo, una mujer estéril era socialmente repudiada por el pueblo de Israel, pues éste experimentaba la enfermedad como vinculada al pecado y al mal, de una manera misteriosa. Sin embargo, vemos también la esperanza incansable de Zacarías, porque para un israelita la enfermedad se vivía siempre de cara a ese Dios que es Fiel y sana, como Él mismo se los había dicho: “Yo, el Señor, soy el que te da la salud” (Ex. 15, 26). Es así que, ante Dios -que es el Señor de la vida y de la muerte-, Zacarías realiza su súplica; y Dios, a diferencia de la dureza de corazón de los Hombres de aquel Pueblo, tuvo misericordia de Isabel y decidió concederle la gracia de ser madre (y nada menos que de Juan, el bautista). Así, el Evangelio de Lucas, comienza con el cumplimiento de una antigua promesa de sanación que es, a la vez, promesa de una nueva salvación.



María sale al encuentro

Esta misma gracia fecunda le llegó también a María que, al enterarse por intermedio del Arcángel Gabriel, además de su feliz noticia, la de su prima, rápidamente preparó sus cosas y se puso en marcha para estar con ella. Todo esto lo hizo a pesar de apenas haber sido advertida que ella misma iba a ser mamá; lo hizo, también, a pesar del peligro que, según las leyes de Israel, correría su propia vida por haber aceptado ser madre estando aún soltera; y a pesar, por último, de lo largo, dificultoso y peligroso que sería el camino por delante. Aún así, Nuestra valerosa Madre quiso ser tan generosa que supo olvidarse de sí misma y, antes bien, acordarse de la necesidad de su prima Isabel, emprendiendo por eso el penoso viaje de 130 kilómetros de Nazareth hasta Hebrón, ciudad de Judea, la región más pobre e inaccesible de toda la Palestina. Ella supo darse cuenta que Isabel, al ser ya mayor, tenía prioridad y necesitaría de toda su ayuda. Su actitud es de servicio, es la de llevar a Dios a los demás. Si Ella emprendió tan largo viaje ¿qué excusa tendremos nosotros para echarnos atrás ante el cortísimo camino que muchas veces nos requiere la visita a un enfermo? María, en cambio, no pone excusas ni espera. Sale. Porque un cristiano no quiere detenerse sólo en sus problemas personales: aún a pesar (o, quizás, a causa) de sus dolores, está llamado a ser sanador herido, precisamente porque como cristianos, es decir, otros Cristo, estamos llamados a vendar los corazones heridos con el bálsamo misericordioso de la ternura (Is 61, 1). El mejor ejemplo de ello en la Sagrada Escritura es el de la Parábola del Buen Samaritano, que curó al herido y, al no poder continuar ocupándose directamente, lejos de desentenderse, hasta confió los cuidados a otro, a quien ofreció pagarle (Lc. 10, 30-37).

¡¡"Ve y haz tú lo mismo"!!

En efecto, la prédica de Jesús nos presenta esta obra de misericordia, de sanación y de cercanía, para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como verdaderos discípulos misioneros suyos. "*Un cristiano que no reacciona ante los sufrimientos o las injusticias, y que no se esfuerza por aliviarlas, no está aún a la medida del Amor del corazón de Cristo*", decía un santo. Jesús, con Su ejemplo, nos enseñó el amor profundo de Dios por todo ser humano, especialmente cuando éste experimenta la enfermedad y el dolor. Él, siendo Hijo de Dios, se rebajó de su «condición» divina para asumir la forma humana (Flp 2,6-8) y acercarse al dolor del Hombre, llegando incluso a bajar a los infiernos, como recitamos en el Credo, para llevarles luz y esperanza. Si no aprendemos de Jesús, no amaremos nunca. Se trata, por tanto, de extraer de ese amor infinito de Dios, a imagen de María y a través de la oración, la fuerza para vivir cada día como el Buen Samaritano, con una atención concreta hacia quien está herido en el cuerpo y el espíritu, hacia quien pide ayuda, aún si fuera un desconocido y no tuviera recursos. Si queremos ayudar a los demás, hemos de amarles con un amor que sea comprensión y entrega, afecto y voluntaria humildad.

La beata Teresa de Calcuta, por ejemplo, comenzaba siempre el día encontrando a Jesús en la Eucaristía, saliendo después por las calles con el rosario en la mano para encontrar y servir al Señor presente en los que sufren, especialmente en los que «*no son queridos, ni amados, ni atendidos*». Sin embargo, debemos estar atentos, porque puede suceder en la Iglesia que los cristianos nos sintamos tentados de estar con Jesús sin querer estar con los despreciados y olvidados, aislándonos en nuestras parroquias; y de tanto mirar al Señor ya no veamos las necesidades del Señor: no veamos al Señor que tiene hambre, que



tiene sed, que está en prisión, que está en el hospital; aquel Señor presente y oculto en el marginado. Y esto hace mucho mal, porque nosotros reconocemos el haber resucitado de la muerte a la vida —como escribe el apóstol San Juan— en que amamos a los hermanos con obras concretas. Comencemos a pensar nuestras comunidades parroquiales teniendo más en cuenta a los enfermos y ancianos, su dolor, soledad y sufrimientos.

Salvación y salud se viven en comunidad

Es verdad que hablar de salud y enfermedad en nuestro mundo no es nada fácil, porque no se trata sólo de conceptos opuestos sino de un estado de bienestar integral, físico, mental y social, donde no sólo están ausentes situaciones de hambruna o enfermedades medioambientales patológicas, sino también de depresión y soledad. Visitar a los enfermos y ancianos incluye una verdadera atención, tanto en cuidado físico, como en compañía. No se trata de visitas sociales, sólo por cumplir; aunque realizarlas es una práctica de justicia que agrada a Dios, ya que es un modo de entrar todavía más en el corazón del Evangelio. Visitar a los enfermos supone pasar, como Isabel, de la solitaria dolencia individual al gratificante encuentro fraternal, porque el lugar del enfermo y del anciano está en medio de la comunidad que lo sana, incorporándolo y cuidándolo, para que no pierda su protagonismo ni el sentido de su vida.

En este año de la Misericordia conviene estar atentos para visitar al que está enfermo para llevarle ánimo, para rezar con él y, si fuera el caso, sugerirle que haga llamar a un sacerdote para que lo unja con el santo óleo, en el Nombre del Señor. No podemos olvidar que el sacerdote, médico de almas, también es llamado por nosotros “cura”. Y no es casual que la salud tenga que ver con la salvación, porque *«la oración que nace de la fe salvará al enfermo, el Señor lo aliviará, y si tuviera pecados, le serán perdonados»* (Stg 5, 14-15). Por eso, estar cerca, ya sea en el hospital, en una residencia o en nuestra propia casa, implica ayudarlos, además de en sus necesidades corporales, también en las espirituales.

Escuchar y consolar

Visitar a un enfermo es un acto que exige mucha generosidad porque es darnos al enfermo, darle nuestro tiempo, nuestro cariño, nuestras atenciones, nuestra palabra de aliento y de solidaridad. Esa es la mejor expresión de cercanía y compasión. Cada visita implica un acto de amor generoso y desinteresado. Por lo tanto, el que visita a un enfermo no lo hace para darse un gusto a sí mismo, sino para dárselo al prójimo. Si el enfermo no está en condiciones de recibir una visita, lo mejor será no ir en ese momento y esperar la ocasión propicia. Hay que ser flexibles y adaptarse a cada enfermo, porque cada persona es única e irrepetible, como un amigo. Puede ser útil llegar a la otra persona a través de la escucha activa, basada siempre en el respeto de sus puntos de vista. A menudo, el paciente quiere hablar y ser escuchado, aunque no sean muy coherentes y les suponga mucho esfuerzo. Quien lo acompaña puede ayudarle a abrirse, escuchando y consolando. La asimilación del diagnóstico de una enfermedad grave tiende a ser difícil, tanto para el enfermo como para sus seres queridos, y suelen atravesar por diversos estadios: shock, negación y aislamiento, indignación, depresión hasta terminar, por lo general en la aceptación de la realidad. En



ocasiones algunos familiares demandan tanta o más atención que el propio paciente. En ocasiones, están divididos o en conflicto unos con otros, en cuyo caso hay que procurar escuchar los problemas, sin tomar parte en ellos. Con todo, puede suceder que, ante la inmensidad del dolor, muchas veces las palabras se queden cortas, y debemos amar con acciones. Por eso no puede faltar el contacto humano, la caricia. Tampoco la compasión, que es la capacidad de ponerse en el lugar del otro y sentir con él, para que perciba que no está solo en su dolor. El anciano, sobre todo, vive la experiencia de que cuando se acerca ya su fin, la posibilidad de transmitir su sabiduría hace que para él vivir haya valido la pena, lo hace sentir útil. Pero la vida también va dejando muchos sinsabores a lo largo del camino y es muy frecuente encontrar entre palabras de sabiduría, palabras de dolor. Es importante escucharlas también, y por sobre todo, trascenderlas y ser capaces de descubrir aquellas otras palabras sabias que son un verdadero tesoro compartido. Muchas veces, el sentido del humor es un verdadero bálsamo que promueve el bienestar.

Una esperanza que da sentido

En la enfermedad, el ser humano experimenta su propia impotencia, su limitación, su condición humana pobre, débil y frágil (CEC 1500). Así, puede engendrar la angustia, e incluso cierta desesperación y rebeldía contra Dios. Pero también puede ayudar a dejar de lado lo malo y alcanzar una madurez integral. De esa forma, muchas veces la enfermedad se convierte en camino de conversión, de vuelta a Dios. Todo depende de cómo se viva. El sufrimiento tiene un sentido redentor cuando lo unimos al dolor de Jesús en la cruz. Es importante cuando consolamos al enfermo no intentar “maquillar” su realidad, a veces bastante dura, sino que intentar que la viva desde Dios; porque *«lo que cura al Hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito»* (Enc. Spe salvi, 37). También para quien acompaña, suplir la falta de calor humano y la soledad de los pacientes puede ayudarles a encontrarse un poco más consigo mismos, a vivir el presente dirigiendo su atención a lo que verdaderamente tiene y da sentido a sus vidas. Esta obra de misericordia, donde podemos desarrollar el auténtico “arte de amar”, es un potente medio para desarrollar lo mejor de nosotros mismos y sacar lo mejor de otro. Realizándola a ejemplo de María, Madre de la Misericordia y Salud de los enfermos, iremos creando la cultura del Amor y configurando nuestro corazón a él, que es lo más importante para que sea permanentemente misericordioso.

Cuidar aun cuando no sea posible curar

Que no se puede ayudar nunca es verdad. Pero la asistencia debe ser prudente, como en una relación de iguales; como entre Isabel y María, donde el acompañante desea ayudar y el paciente necesita recibir ayuda. Hay que incentivarlo a hacer por sí solo todo lo que él pueda y asistirlo solamente cuando ya no puede hacerlo por sí mismo, de forma que pueda conservar una relativa autonomía. El objetivo es conseguir la mayor calidad de vida para el enfermo, con respeto de su voluntad. Éste lo que más desea es volver a estar sano y, para eso, hay que devolverle la confianza en la vida. Pero no hay modo de acoger la vida si no se acepta pasar por eventuales enfermedades y, en última instancia, la misma muerte. Quizá no se le



pueda curar de su enfermedad. Hay un momento inevitable en que todos tenemos que morir: es la ley de la vida, sujeta a la muerte. Quizás, en ese aspecto de cura médica, nada se puede hacer por él, pero sí se puede cuidar de él. Recordemos que las palabras “curar” y “cuidar” vienen ambas de la misma raíz. Por eso, para atender a una persona que sufre es necesario aprender a saber respetar su ritmo, mirarlo con ojos bondadosos bajo los que pueda sentirse seguro. La presencia discreta, respetuosa, dándole la mano, susurrándole palabras de consuelo, invitándolo a ir al encuentro de la Luz, pueden hacer que el moribundo salga de la vida sereno y agradecido por la existencia que vivió. Morir no es más que caer en los brazos de Dios.

“Sólo la caridad salvará al mundo”

Defendamos como cristianos que la salud sea un bien común y no un privilegio. Tanto la atención médica como las medicinas no pueden tener ni dueños ni privilegiados. En otros países, mucha gente pobre, ante la enfermedad, se encuentra totalmente desamparada. Cuidemos y defendamos como propio el sistema sanitario del que nos hemos dotado en nuestra sociedad. Este reto es tanto para los profesionales como para los usuarios: hemos de hacer un uso digno, justo y solidario de este servicio. Colaboremos seriamente también con las organizaciones que se preocupan de la salud a nivel universal, especialmente en los lugares de mayor pobreza y sufrimiento: Manos Unidas, Médicos Sin Fronteras, Medicus Mundi, Cruz Roja, etc. Confiemos a la intercesión de María a todos los que participan en el apostolado de la misericordia, para que los ayude a ser buenos samaritanos para sus hermanos y hermanas que padecen la enfermedad y el sufrimiento. Y los que tenemos dimensión orante y creyente, oremos por los enfermos y por nosotros mismos, para que sepamos vivir la enfermedad. Pidamos a Dios Padre aprender a imitar a Nuestra Madre, la Virgen, y estar dispuestos, como Ella y Jesús, a sacrificarnos con alegría en bien de la salud y salvación de nuestro prójimo. Pidamos la verdadera caridad cristiana.



COMPROMISO PARA EL MES

Para el mes de **Agosto** te proponemos el gesto de “**Visitar y asistir a los enfermos**”.

Sin dudas, el mundo de la salud, del dolor y del sufrimiento nos zarandea, nos moviliza de diversas maneras. Ver las limitaciones que provoca la enfermedad en el otro, nos enfrenta a nuestros propios límites. Y, a veces, eso no resulta algo sencillo.

Por eso, ser compañía de un enfermo se trata de uno de tantos “pequeños gestos con gran amor” que podemos hacer sabiendo que alegran en lo profundo, la vida de todos: tanto del que visita como del que es visitado.

Hacete un espacio en este mes, acércate a un hospital o dedícate a pasar unas horas junto a algún familiar o conocido enfermo.

Salí de vos mismo y, al final del día, detenete a contemplar cuánta riqueza encontraste en este camino de misericordia.

EN NUESTRA VIDA

CUANDO ACOMPAÑAR EL DOLOR SE CONVIERTE EN UN PRIVILEGIO

Te dejamos este testimonio del Padre Pepe Vallarino, donde registra cómo se fue ensanchando su interior de alegría y amor a través de cada experiencia de darse a aquellos que “no tienen cura”

<https://www.youtube.com/watch?v=f1zM43zDQs>

CON LOS DEMÁS

En el siguiente link vas a encontrar la distribución de hospitales y centros de salud de toda la Ciudad de Buenos Aires.

<http://www.buenosaires.gob.ar/salud/establecimientos>

Revisá cuáles son los espacios de tu barrio que se ocupan de los enfermos y acercate con tu grupo a preguntar de qué manera podés dar una mano.



UN EJEMPLO DE SANTOS

SAN JOSÉ MOSCATI

San José Moscati nació el 25 de Julio de 1880 en Italia. Estudio medicina en la Universidad de Nápoles y con 22 años se graduó con las mejores calificaciones de su promoción.

Se conoce que **sanó males incurables** y restauró la salud de muchos pacientes en forma milagrosa. Era llamado **el médico de los pobres** por su **gran generosidad** y porque **repartía su sueldo entre sus pacientes más necesitados**. Sus pacientes predilectos eran los pobres, algo de lo que dan fe muchas personas que lo conocieron. Nunca cobró dinero a los pobres, a los que ayudaba siempre con una sonrisa y sin hacerse notar.

Cada día se levantaba muy temprano para ir a misa y recibir la comunión. Después se dirigía a las colonias pobres para ver algunos enfermos y a las 8:30 a.m. iniciaba el trabajo en el hospital.

Su muerte llegó el 12 de abril de 1927, casi a los 47 años, mientras esperaba en el despacho de su casa la visita de los enfermos sentado en un sillón.

La noticia de su fallecimiento se difundió rápidamente por toda la ciudad con las palabras **“ha muerto el médico santo”** y fueron los pobres quienes más lloraron la **pérdida de su amigo y doctor**.

Fue beatificado en 1975 por el Papa Pablo VI y canonizado gracias al milagro de la curación de leucemia del joven Giuseppe Montefusco en 1979.



UN CUENTO

PERDÓN POR NO ESTAR AQUÍ

Antony de Mello

Había una vez una mujer muy piadosa, que infaltablemente acudía todas las mañanas a rezar a la capilla de su barrio. Día tras día, con lluvia, con sol, estuviera sana o enferma,

pasase lo que pasase, como un reloj, a las siete en punto de la mañana, era la primera persona en llegar a la capilla, empujar la puerta y entrar a rezar.

Una mañana, despertó sobresaltada. ¡Se había dormido! ¡Eran las siete menos diez, y no llegaría a horario a su cita diaria! A toda carrera se levantó, se peinó a las apuradas y se vistió como pudo. Con la ropa medio arrugada y los cabellos medio desordenados salió velozmente de su casa y enfiló rumbo a la capilla. Apenas hubo salido, casi tropieza con un viejito que venía a penas en una bicicleta, y al cruzarse con ella perdió el control del vehículo y cayó de boca al suelo. Lamentablemente la mujer iba muy apurada como para detenerse, así que apenas logró esbozar una disculpa y continuar en su carrera.

Una cuadra después, se le cruzó una mujer que le pidió una compañía para poder ir a visitar a su hijo al hospital. "Perdone, estoy apurada" alcanzó a decir sin detenerse y continuó su veloz marcha. Apenas hubo logrado zafar de la mujer, se le cruzó un niño que le pidió un poco de pan. "Disculpá, hijito, pero tengo una cita con Dios y no puedo llegar tarde. Otra vez será", y siguió su interrumpido camino.

Cuando por fin llegó a la capilla, miró de reojo el reloj. ¡Eran las siete en punto! ¡¡Lo había logrado!! Embargada por la emoción de no haber fallado a su cita, empujó como de costumbre la puerta de la capilla, pero... no se abrió. Volvió a empujar con más fuerza, y nada. ¡Qué extraño! Jamás en los doce años que llevaba con su diaria rutina, había encontrado la puerta cerrada. De pronto notó que había una nota clavada con una chinche en la puerta de la capilla. Desconcertada, la desclavó y la leyó. La nota, garrapateada como con apuro decía:

"Perdón por no estar aquí. Esta mañana tuve un accidente en la bicicleta, y encima después no pudieron venir a verme al hospital, tampoco me dieron ni un poco de pan para desayunar, así que es probable que llegue un poco tarde. Firma: Dios".

UNA ORACIÓN

Te proponemos una oración para poder pedirle al Señor, a través de María, por todas aquellas personas que sufren alguna enfermedad para que les de consuelo y paz.

Virgen Santa María, Madre de la Salud y consuelo de los enfermos:

Tú has participado de modo admirable en el misterio del dolor;

Tú brillas como señal de salvación y de celestial esperanza para los enfermos que invocan tu protección, y a cuantos te contemplan les ofreces el ejemplo de aceptar la voluntad del Padre y configurarse más plenamente en Cristo.

Dirige tu mirada misericordiosa de Madre, a todos los lechos del mundo, a cada hospital de la tierra, donde un enfermo sigue arrastrando la cruz de la enfermedad de todos los hombres,

Y concédeles por tu intercesión, fortaleza en la fe y constancia en el amor.

Amén.



UNA CANCIÓN

En el mes de **visitar a los enfermos**, dejemos que Dios sea el mejor sanador de nuestro corazón herido, que su Amor nos inunde el alma y la reconforte. Te dejamos esta canción: “Me sanas las heridas” de Nancy Luque. La podés encontrar en el disco *Un nuevo amanecer* de La Otra Orilla.

En este link vas a encontrar el audio y la letra con los acordes:

<http://www.pastoraldemusica.org.ar/cancionero/cancion.php?id=213>

ME SANAS LAS HERIDAS

(NANCY LUQUE)

Aún en tiempos de desierto he sentido tu mirada
Que acompaña en el silencio, inspirándome confianza
Tus designios sabiamente van templando ya mi vida
Y en un cielo de colores vas transformando mis días

ME SANAS LAS HERIDAS CON TU AMOR
VA CRECIENDO EN MI EL DESEO DE SERVIR
ME SANAS LAS HERIDAS CON TU AMOR
Y MI ESPIRITU SE ALEGRA EN DIOS, MI SALVADOR
ME SANAS EL CORAZON CON TU AMOR

Si me encarno en la tristeza y me zambullo bajo tierra
Es allí donde me salva la armonía de tu ciencia
Voy al ritmo de tu amor, transitando mi camino
Alentada en la esperanza que a mi vida da sentido

Tu amor me salva, me reanima, me da vida
Me sobrepasa tanta gracia inmerecida

ME SANAS LAS HERIDAS...